

UN NUEVO DÍA

He soñado que te arrojaba al acostarte. He tocado nítidamente la suavidad de tu piel mientras acariciaba tus mechones para que cayeras en los brazos de Morfeo. Ha sido tierno y triste a la vez. Luego me he despertado y el recuerdo se ha desvanecido. Quería abrazar esa sensación y atesorarla para volver a ella cuantas veces necesite para sobrevivir al día, pero no he podido. Y un día más, una vez más, he iniciado la batalla de la luz.

La pena te cuarteja la voluntad. Te anula y te desintegra. Como si solo fueras una imperceptible sustancia química. Invisible, incolora, sorda, inexistente. Pero la vida, o la rutina, qué más da, te obliga a ponerte en pie, aunque sea mentira, aunque sea a la fuerza, para comenzar el nuevo día, ese que te hace visible porque se vive a través de la presencia (y ausencia) de otros.

He caminado aún incapaz de erguir la espalda hasta el kiosco más cercano a casa, el de Paco y Ana. Me gusta ir allí porque su educación y genuino interés me resultan entrañables, y ser consciente de que aún puedo reconocer esas virtudes me recuerda que estoy vivo, que aún tengo alguna pequeña capacidad de sentir, que no he muerto del todo por dentro. También voy por Enrique, Kike, para que me regale la sonrisa de sus ojos y ese franco “buenos días, Iñaqui” que acompaña de algún comentario de actualidad. Actualidad de la suya, de la importante, de lo próximo, de lo que sucede en el barrio, para recordarme que a veces la discapacidad es una máscara de capacidades muy altas o cuando menos valiosas. Preocupación sincera, empatía y apego, entre otras. Solo pasa unas horas a inicio y fin de la jornada en el kiosco, pero tengo la convicción de que su presencia cambia muchas vidas, aunque sea solo un instante.

Kike me provoca ternura y hace que mis labios se muevan y se tuerzan, dibujando una sonrisa tímida y una esperanza. Kike intuye que me pasa algo, percibe mi tristeza y mi ansiedad. Lo nota y noto que lo nota porque lee los subtítulos de mi rictus derrotado. Sabe también que tengo un buen trabajo, que solía tener una familia y que la vida me quitó lo segundo sin avisar y no me recupero del impacto.

Kike y sus novedades sobre el barrio, traspaso de la frutería mediante, son lo mejor del inicio del día. El trabajo es la sedación. Enlazo reuniones, tarea de despacho, sesiones formativas, planes estratégicos y calendarios intensos que casi nunca conducen a nada, pero una gran superficie requiere de estas cosas; justificar mi trabajo y el de mis compañeros también. En las reuniones a ratos me desdoble y mis pensamientos salen de la habitación. Hoy está durando más de lo habitual y noto que la reconexión me cuesta especialmente. Debatimos un nuevo plan de inclusión e igualdad y luego abordamos la próxima oferta de empleo, pues necesitamos mano de obra con urgencia. Elena comenta que somos una empresa con puestos de trabajo demasiado homogéneos. Somos planos, lineales. El mundo está cambiando. Los clientes (la gente, nosotros, ellas) quieren variedad, diversidad.

Una imagen breve pero luminosa salta en mi cerebro y vuelvo a recordar tus mechones castaños entrelazados en mi mano. Sueño un gesto de cariño recíproco. No puedo cambiar mi caos, no todo de golpe, pero quizá pueda dar un pequeño paso en otro campo, uno que me hace muy feliz a través de la mejora de los otros, aunque suene egoísta. Y digo, esta vez en voz alta, que es hora de dejar de ser una empresa rancia y caduca. Explico también que lo importante no está en los papeles. Que algunas cualidades (ahora lo llaman competencias) trascienden lo que explican las palabras y son sensaciones que templan el alma y el corazón. Y pienso en Kike. Imagino sus ojos sonriéndonos cada mañana y arrojando luz en esta antigua compañía.

La idea macera y cala en mis compañeros como si un mundo nuevo (obvio) de posibilidades se abriera ante nosotros. Duele que llegue tarde, pero siempre es mejor llegar. Después del frío llega el miedo y luego empieza el invierno. Quizá la primavera descubra otro camino, y ese siempre empieza con un primer paso.

Esta tarde pasaré por el kiosco para contarle las novedades a Kike. Si supera la sorpresa al descubrir que puedo hilar varias frases seguidas con cierto entusiasmo, remataré el día sin tanta necesidad de refugiarme en los sueños. Y eso poco puede ser mucho. A ratos estoy seguro.